

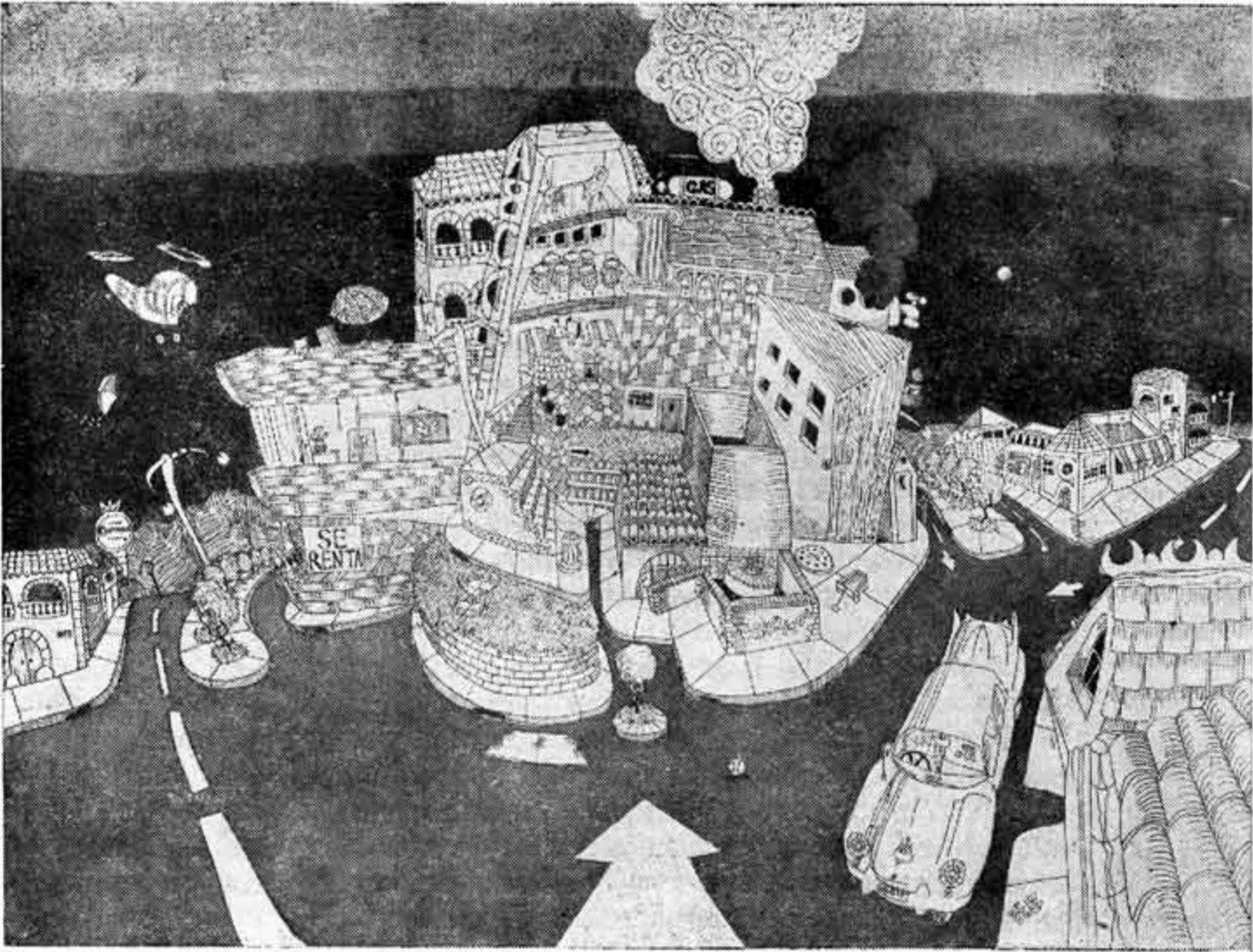
# ¿DONDE ESTA ISAIAS?

Pedro Olea, Letras españolas, Facultad de Filosofía y Letras.

Desprovisto de fe espero un milagro. Lo sé. No ocurrirá. Y aquí, con la mente confusa, busco un asidero. ¿Cuántas veces hay que repetir el intento fallido siempre? Las que pueda sufrir esta vergüenza y esta desesperación que me ofrecen posibilidades varias para reparar una falta imaginaria. Clavado a un sitio que se derrumba, necesito siquiera un testigo. De nuevo al borde, nunca más allá. No podré sentir más que lo que ahora siento porque seguiré siendo el mismo: un trozo de estiércol amasado con orines. Pero no sólo eso, no. De no rebasar esos límites desconocería la inquietud y el deseo de esconder la cara. Nunca el sentimiento de los seres diferentes a mí vendrá a exacerbarme. Y para llegar a esto luché contra la limitación. Antes no pude darme cuenta de un hecho tan irrefutable. Deseoso de encontrarlas, busco las huellas en mi rostro. Las de mis manos, ¡ay!, las borré. Si estuvieran aún pegadas a mi piel, tendría al menos algo. La página que decidí arrancar primero podría ser la clave. Guardo otra. Dentro de ella escondo mis documentos importantes: mis credenciales que nadie solicita y que cuando lo hacen no convencen. Prisionero de la que ni siquiera estoy seguro de que haya sido la mejor de entre las páginas que se ofrecían a mi elección, me esfuerzo en descifrar amorosamente las que me faltan. La libertad que anoche les dí era la mía. Si hubiera esperado un poco más . . . ¿Cómo dudar, antes de esto, de que ese libro me pertenecía? Me agradaba pensar que era yo su único receptor, que nos complementábamos mutuamente. Cada gesto ahí descrito correspondía a los que yo no aventuraba, cada idea desarrollaba teóricamente lo que yo ponía en práctica.

Lo encontré —hará año y medio— mientras cumplía mis inevitables tareas burocráticas. Estaba junto a otros libros que resaltaban por encima de él.

A mí me interesó éste del que hablo, él justificó muchas búsquedas perdidas. Encuadernado modestamente, poseía una fuerza atrayente que no supe —tampoco entonces— explicarme. En la primera página pude leer el año de su impresión: cuatro después del que soportó mi nacimiento. El mes, el día, me obligaron a pensar en lo que yo haría justamente mientras eso acontecía. Del autor obtuve pocos datos. A otro, no a mí, hubiera desanimado este principio. Supe que ésta que yo contemplaba era su última publicación. Que se trataba de un hombre angustiado, daba testimonio la cita que encabezaba la obra: "Si de mí sólo polvo vas a sacar, Señor, vuélveme a él para que mis dudas no te ofendan." *Isaías*, VII, 19. No ignoré que a esta obra, por la que sentía ya un vivo interés, la precedían otras ante las que preferí guardar una discreta indiferencia. Después de vencer el propósito de buscar al autor para agradecerle que no hubiese callado las emociones con las que identificaba las mías, asimilé su recuerdo a la idea de que yo era coautor. El valor de mi ejemplar fue único cuando comprobé que no existían otros. Lo mostré a mis amigos no carentes de sensibilidad. Quería confrontar sus impresiones con las que yo tenía. Al hacerlo vencí toda resistencia y me entregué sin titubeos a comprender mi descubrimiento. El lenguaje que nos hablaba correspondía a lo que cada uno esperaba de él. Al dar prueba de una calidad humana ilimitada, se mostraba también dotado de capacidad para adaptarse a una realidad siempre distinta. Si había algo que desease era una identificación de esta naturaleza. Subyugado, desde la primera lectura, con la idea de que los libros son los mejores amigos del hombre, llegaba ahora a la desquiciante comprobación de una teoría. La generosidad que mostró conmigo originó esperanzas y complicaciones que sólo surgen cuando un hombre está dispuesto a sustituir una escala de valores en los que ya no cree, por otra, en cuyos valores desea creer. A mí me hablaba en un lenguaje inexplicablemente enriquecido y cargado de sentidos ocultos. Amante de lo irracional, no opuse resistencia. A los demás les parecía de una corrección irreprochable y de estilo agradable, pero no podían decir más. Esta reserva me llenaba de satisfacción. Por correspondencia mutua me volví cauto en mis expresiones y hasta un poco frío en mis muestras de afecto, más expansivas antes. Su lectura me apasionó desde muy pronto. Para esta comunicación buscaba el silencio y su compañía. Detrás de los vocablos que denotaban las trivialidades cotidianas, yo encontraba connotaciones ocultas y soñaba mi mundo. Sin acuerdo previo nos habíamos propuesto, así parecía, no hablar de cosas conocidas. Sus páginas y mi mente se ocupaban de lo que ignorábamos. Se hizo necesario que yo relegara a un segundo término las lecturas que antes me habían interesado. Entre otras un viejo volumen con una versión árabe de la *Biblia*. Aunque he olvidado mucho, creo que refundía el pensamiento judío con el de Mahoma. Las licencias que permitían, sin embargo, se ahogaban ante la feracidad de las prohibiciones. Este tono gruñón, que denunciaba al Dios de Abraham, me ayudó a normar mis actos a lo largo de siete años. Lo que empezó a cansarme fue su seguridad ingenua que rechazaba la posibilidad del error para sustituirla con la irritante manía de previsión. Mi temperamento, siempre próximo a las crisis, no aceptó su tiranía. El libro nuevo con el que estaba decidido a seguir de ahí en adelante, no levantaba la voz, todo lo exponía en tono íntimo, como si esperara (por qué no engañarme con esa posibilidad) mi anuencia. Cercado de la necesidad de decir sí, a veces, y de decir no, otras, juzgué de valor irrefutable su prudencia. No quise olvidarme de que representaba para mí una desviación su encuentro, una desviación llena de saltos inesperados. El temor de quedarme en uno de ellos prolongó el juego, la esperanza. En realidad yo era el que modificaba diariamente mis puntos de vista para no diferir de lo que leía en sus páginas. Me preocupaba de que la armonía se mantuviera aunque fuera necesario hacer algunas concesiones. Sin embargo pienso que encontré más de lo que en rigor debí en-



contrar. No acerté al normar mis actos por la sola posibilidad de que coincidiera mi tiempo con su tiempo estático y que esperaba la vivificación que yo podía infundirle. Llevé, y ahora me arrepiento, demasiado lejos mi pasión. Perdido en esos laberintos quedé inutilizado para medir consecuencias. Empecé a chocar silenciosamente contra mi temor. La necesidad de borrar fronteras entre mi libro y yo inició la lucha. Ésta no se hace esperar cuando algo nos atrae. Se tolera la existencia sólo de lo que no nos importa. Lo que llegamos a sentir como parte de nosotros mismos lo reclamamos despiadadamente. Integrarlo al uno sería el triunfo definitivo, pero sólo hay noticia de que a ese triunfo lo antecede un nutrido número de fracasos. Yo cedía. Me dejaba guiar por las insinuaciones de cada página y escribía en ellas la renuncia de mí mismo. Al principio delicadamente trazaba la prueba de mi necesidad de comprensión. Celoso de mi propia mano creía ver trazos hechos por otra. A veces pensaba que no era la mía la única mano enamorada de sus páginas y que con imitación burda se dejaban confesiones que yo nunca haría. Con todo, pronto el libro fui yo, porque ponía en movimiento sus pasiones, por mí adquiría plenitud, y yo era él, porque luchaba para conservar su identidad. Me propuse renunciar a toda resistencia desde un día que alegró horas de mi indisposición física. Su espiritualidad atenuó mi desagrado contra la imprescindible materia que nos envuelve. Me agradó sobre todo descubrir en un párrafo la más honda comprensión de lo humano. Ahora que sólo puedo consignarlo confiado en mi memoria, siento algún pudor. "¿Hasta cuando comprenderá el hombre que no necesita que uno de sus sentimientos predomine por sobre los demás, sino la inteligente distribución de todos ellos? El hombre reducido a un principio no sería hombre, el individuo que presume haber desterrado todas sus

instintos y casi todas sus ideas para consagrarse a una sola que en la mayoría de los casos no creó él, es digno de compasión. Igual que rechazaríamos una sola variedad de árboles, rechazemos esa idea monstruosa que pretende hombres mutilados e iguales. Tratemos en cambio de comprender la variedad de hombres que se nos ofrece, y desde su propia actitud vital tratemos de estimularnos para que nos comprendan.”

Encontrar en cada página el párrafo esencial fue mi propósito más fuerte. El tiempo que luego invertía en cotejar lo que yo tenía dentro de mí con lo que deseaba aprehender no me hería, transcurría solamente. Del escepticismo agrio que teñía mis sonrisas de desdén salté al entusiasmo cargado de promesas. Tuve que quitar los diques que mantenían mis emociones y tuve que borrar los límites de las cosas que aceptaba. No fue fácil al principio. Habitado como estaba a ocuparme de unos cuantos aspectos de la vida, me sentí agobiado con la irrupción de tantos como existen. Mi cuerpo mismo, que antes hubiera deseado de piedra, ajeno a las corrupciones y funciones tristes, me parecía digno cuando lo miraba recto y aparentemente exacto. Sufrió mi amor propio cuando comprobé que había sido injusto. Por otra parte me reconfortaba la certeza de que los pasos que seguía el mío no diferían de los que se veían obligados a ejecutar los cuerpos que representaban a los mejores individuos. Luché contra la manía de pensar, precisamente en los momentos más materiales, en las personas que amaba. Pequeños paréntesis de oscuridad quería que fueran esas incursiones por lo inevitable. Si pensaba en lo que me era más entrañable era porque en ese trance mi significación disminuía al considerarme miserable. Como ésta, las demás preocupaciones cedieron también. Muchas cosas me sorprendieron de nuevo. Hacía tanto tiempo que las había olvidado que no pudo suceder de otra manera. El amanecer de cada día era un llamado a la reconstrucción. Yo lo atendía porque estaba convencido de que completaba lo que sus páginas habían iniciado. No obstante, sabía que mi tarea presentaba un doble aspecto: reconstruir y destruir. Quisiera decir esto con hechos, pero no ahora. Ahora que estoy sin saber qué rumbo tomar, alimentado sólo por su recuerdo extraordinario. ¡Cómo quisiera guardar mejor un recuerdo doloroso! Así no lamentaría lo que hice. Sería fácil encontrar una justificación. Con todo, no creo que esté buscando otra cosa. Hace falta encontrarla aunque sea en un engaño más, con tal de sosegar la incertidumbre.

Es ahora cuando me doy cuenta que mi lenguaje se enriqueció en forma

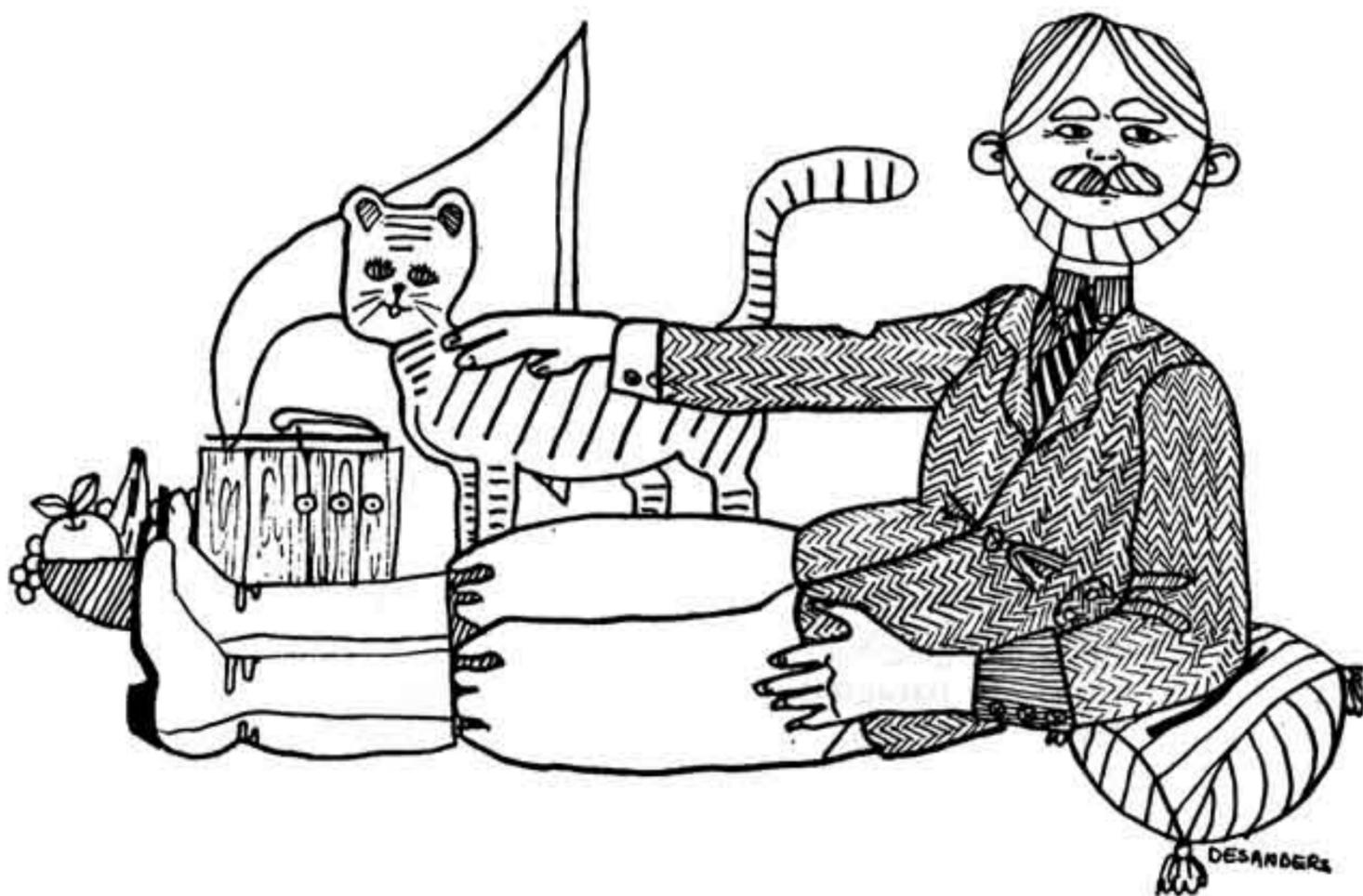
Los estudiantes que deseen entregar originales para *Punto de Partida*, pueden remitirlos a la señorita Rebeca Lozada en el 10° piso de la Torre de la Rectoría, de las 10 a las 14 horas.

La maestra Margo Glantz recibirá a los estudiantes que deseen colaborar en *Punto de Partida*, en el cubículo número 3, 2° piso de la Torre de Humanidades, los lunes, miércoles y viernes, de las 18 a las 19 horas.

inesperada con su contacto. Las cosas sin dejar de ser lo que eran fueron otras. Para nombrarlas buscaba primero en mi libro el nombre que tenían. El mundo se me ofrecía ilimitado con su compañía. "Todo es necesario al hombre." Con apetito insaciable buscaba en sus páginas afirmaciones como ésta. Ello me volvió definitivamente un hombre lleno de comprensión y de amor. Ciertamente que ningún diario habló de mí y que nadie recuerda un beneficio hecho por mi mano, pero cuántos proyectos grandiosos forjé. Realicé los que pude: no cambiar de sitio cuando alguien sucio y maloliente se sentara junto a mí, sonreír ante la infalible disculpa que le piden a uno después de que le hacen papilla un dedo. Recuerdo que un día acepté la importancia del baile. Convencido de que también él era necesario al hombre, volví la espalda a la fobia que antes me animaba contra ese ejercicio idiota. Cambié de actitud mientras oía alguna radiodifusora destinada a los choferes y a quienes viajan en sus vehículos, por lo visto. Imaginé parejas —ninguna para mí— con todos los tipos humanos que antes había despreciado. Me dispuse a no negar más la importancia de lo que hacían. Encontraba inexplicable que detrás del baile buscaran su felicidad.

Volver cargado de experiencias por la noche, se convirtió en un deber, el primero que cumplía con gusto. Siempre lo encontraba dispuesto a recibirme. Su contacto me era familiar y culminaba mis esfuerzos diarios. Cuando encontraba alguna frase que me contrariaba, a continuación podía leer tres o cuatro que quitaban validez a la primera. Fiel a su esencia nunca alteré sus afirmaciones. Si accidentalmente mi pensamiento no estaba de acuerdo con ellas, juzgaba que no había atinado y rectificaba. Entonces comprendí la afirmación de Fromm: "Te necesito porque te quiero", tiene como finalidad el amor y es expresión de madurez. Pero debo haber confundido esta actitud con la otra, con la negativa, porque destruí. "Te quiero porque te necesito". Pero fue eso lo que pensé estoy seguro de haber empezado por el amor, no por la necesidad.

Un día seguramente regresé fatigado. No encontré nada, no pude establecer la correspondencia que solía. Al contrario, durante toda la noche golpeó mi cerebro una frase que destaqué de entre las otras: "si hubiere caído un poco más abajo el golpe, andaría ahora como esos infelices que buscan en la mirada de los demás el alivio a su miseria." ¿No buscaba yo en él alivio a la mía? Esperanzado de haber leído mal, acudí al día siguiente a la misma



página. Analicé los pensamientos que le antecedían y los que seguían, pero todo quedó en su sitio. Ya no pude olvidar mi condición de infeliz buscador de miradas. Esa condenación me fue corroyendo. Envenenado de rencor dejé de leerlo, mas su presencia era mayor en mi conciencia. Me reclamaba. A veces, vencida la tentación de abrirlo, le dirigía una mirada vidriosa, como las que él condenaba. Mi sueño se perturbó. No podía descansar porque durante toda la noche mis manos volvían sus páginas sin poder llegar a la última. A pesar de la rapidez del sueño, tenía tiempo algunas veces para detenerme a recoger el contenido de una o dos líneas. Una noche pude leer en la página 318 esto: "Y esos réprobos se vuelven contra tí tan pronto como dices la verdad." Increíblemente acabé de despertar con el contacto conocido y amado. Traté de no mostrar ninguna emoción al tomarlo entre mis manos. No sé si logré mi intención. Antes de localizar la página me reía de la mentira de mi sueño, pero por vez primera experimenté su veracidad. No esperé más. Reinicié su lectura, sin la confianza que me unía a él, y me vi obligado a borrar progresivamente todas mis confesiones. En poco tiempo el libro se había plagado de frases ofensivas, de ideas ajenas a las mías. La separación era necesaria. Parecía que durante el tiempo de mi ceguera me había empeñado en escribir en los márgenes una doctrina antitética. Descubrí que mis confesiones más comprometedoras, más auténticas, las había dejado precisamente al lado de los párrafos más sarcásticos contra lo que yo decía. Debo confesar, de nuevo, que algunas veces quise salvar mis pensamientos. Me parecían sinceros, mis emociones las encontraba nobles. Pero separados de sus páginas perdían sentido, se convertían en una mueca desesperada. Unos meses bastaron para que me diera cuenta de que no era eso lo que yo había buscado tan apasionadamente, lo que había creído encontrar. En una de mis anotaciones había escrito: "A ti entrego lo que soy, cuando lo rechaces dejaré de serlo". Ignoro qué estado de ánimo me llevó a esa oscuridad. Al leer algo tan definitivo, por otra parte escrito con mi mejor caligrafía, mi rencor se recrudece. La decisión vino sin mucho buscarla. Me alejé de mi casa, la que le había ofrecido, la que él había llenado de significado. Subí a un tren, eran las tres de la mañana. Al abrir la ventanilla sentí temor de caer. Sin leer ya, avancé dejando detrás de mí una cauda de páginas inseguras. Conservé sólo la que decía "el hombre necesita todo . . .", la conocía porque con ella había hecho conclusiones falsas. Es la única que conservo. Las otras vuelan ahora como malas acciones. Y a pesar de todo, si pudiera reunir las no me importaría someterme a una interminable serie de pruebas para poder armonizar con lo que encierran.

Ayer quise conseguir otro ejemplar. Ya sabía que era raro, pero quedaba la posibilidad de los vendedores de libros usados . . . En cuanto oían el título me miraban socarronamente y movían la cabeza negando. Mis últimas preguntas fueron tan tímidas que tuve que repetir las seguro de que el resultado sería el mismo.

Más triste que antes de destruirlo, traté de regresar. A la mitad del camino me aconteció algo inesperado. De pronto descubrí que el tren retrocedía. Esperaba señales de alarma, pero el único que parecía ir en dirección contraria era yo. En la puerta de salida, debido a que no estaba seguro de que ahí debía descender, alguien que venía detrás de mí, dijo que yo era un estorbo. Estuve de acuerdo con él. Lo que buscaba en mi libro y que no encontré se me daba ahora sin lucha alguna. Desorientado, sin saber en qué esquina podía abordar un vehículo que me condujera a donde deseaba ir, vi una pareja que se aproximaba. Me disponía a preguntar, cuando ella le dijo a su acompañante: —¿No te digo que estás loco? —¿Por qué?, interrogó él. —Porque trajiste tu paraguas. Entonces miré el mío en donde se reflejaba un sol canicular que me daba un aspecto ridículo.

Lentamente me alejé anhelante de una paz definitiva, pero seguro de que la vida estaba en torno mío.